

Unamuno Vasco

LUIS S. GRANJEL

El propósito de esta aproximación a la figura humana de Miguel de Unamuno pone su meta en conocer el impacto que en el ejercieron las dos ciudades, Bilbao y Salamanca, su realidad urbana y su ámbito paisajístico, escenario de la práctica totalidad de su vida histórica.

Componen este recuerdo tres estampas, que se suceden cronológicamente, y que me he permitido titular ‘Años de infancia y juventud’, ‘El vecino de Salamanca’ y ‘Los frutos del destierro’. El programa de este acto me obliga a condensar la exposición en los datos fundamentales; su veracidad se apoya en estudios propios sobre la personalidad de Unamuno realizados entre 1957 y 1999*

Años de infancia y juventud

Veintisiete años, desde 1864, fecha de su nacimiento en el viejo ‘Bilbao’ de ‘la siete calles’, hasta 1891, cuando se incorpora al Claustro de la Universidad de Salamanca, componen la etapa bilbaína de Miguel de Unamuno.

Los cuatro años vividos en Madrid como estudiante universitario, permiten parcelar la etapa bilbaína en dos fases en las que Unamuno vive experiencias contrapuestas y que resultaron decisivas en el curso ulterior de su vida. el que fue en aquellos años, antes de recordarlo en textos autobiográficos, lo reencarna Miguel de Unamuno en Pachico Zabalbide, personaje secundario de la novela *Paz en el guerra* (1897).

(*) Este texto fue leído en el ‘Homenaje a D. Miguel de Unamuno’, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca el día 7 de mayo de 2004, organizado por la Asociación de Amigos de Unamuno y la Sociedad ‘El Sitio’, con otras instituciones vascas bajo el título ‘Encuentro de confraternización entre Salamanca, Bilbao, Hendaya y Fuerteventura’.

Avalado por su propio testimonio sabemos que Unamuno fue un niño retraído, taciturno, poco locuaz, en el que prendió fuertemente, por influencia materna, una fe religiosa vivida con fervor y que nunca llegó a desarraigar totalmente de su mundo íntimo; se unió en él, a este fondo creencial, hasta confundirse con él, una ligazón a la tierra nativa, a un país que también iba a perdurar en el recuerdo. Escribió en una ocasión: “nuestra tierra nos moldea y hiere el alma... entrándonos por los sentidos”. Toda la biografía de Unamuno muestra, desnuda, en ocasiones mal oculta, esta ligazón de paisaje y religiosidad infantil, de fe sin dudas.

La creencia religiosa y la identificación con la tierra vasca ayuda a entender el vasquismo del Unamuno adolescente, asumido de modo bien particular pues se nutre con la aceptación de un pasado fabuloso que creyó descubrir en lecturas de Goizueta y Vicente Arana, de Trueba y de las leyendas forjadas por el bayonés Chaho; se familiarizó con los mitos de la tradición euskaldún, con Aitor, el anciano patriarca de la raza vasca, con Lecobide, el señor de Vizcaya, con Lelo y Zara y Jaun Zuría.

Ya estudiante universitario llegó a proyectar escribir “una historia del pueblo vasco”, nada menos que en ‘dieciséis o veinte tomos en folio’. El vasco Unamuno, de retorno a Bilbao, concluida la formación universitaria, oposita a la cátedra de vascuence, como entonces se decía, convocada en el Instituto Vizcaíno y que fue otorgada a don Resurrección María de Azcue.

Aquel propósito docente hay que recordarlo para entender la mudanza que en Unamuno provocó su estancia en Salamanca y que se descubre en su intervención como mantenedor de unos Juegos Florales celebrados en Bilbao iniciado el siglo; en aquel acto el Unamuno que regresa a la villa natal pronunció un duro discurso, que Areilza, amistad suya, lo calificó de ‘sermón’, en el que proclama la necesidad cultural de dejar morir a la lengua vasca de la que él había aspirado a ser docente; Enrique Areilza, en carta de 30 de agosto de 1901, comenta a Jiménez Ilundain la áspera polémica que suscitó el discurso de Unamuno en un amplio sector de la sociedad bilbaína.

El que en tal fecha era ya Rector de la Universidad salmantina hace suya una actitud que ha sido calificada como ‘vasquismo castellanista’; pretendió dar muerte al idioma materno para otorgar más amplio horizonte a su obra como intelectual; postura que se identifica, salvando diferencias, con la del también vasco Pío Baroja.

Que Unamuno no repudió su condición racial de vasco lo prueban reiteradas confidencias suyas similares a la que recuerdo ahora de una carta de 1900 a Juan Arzadun: “creo ser hoy uno de los hombres más representativos

de nuestra raza vasca”. Vasconizar España sería la meta de Unamuno al recomendar el olvido, con todos los honores, de la lengua vernácula.

El alejamiento de Bilbao para realizar los estudios universitarios, lleva a Miguel de Unamuno a Madrid en 1880 y el ‘mozo morriñoso’ calificativo suyo, que aun era en tal fecha acude todos los domingos a la madrileña Fuente de la Teja para oír hablar vascuence a criadas vascongadas.

En Unamuno los años universitarios fueron decisivos para su formación intelectual, hasta entonces alimentada sólo con lecturas de Balmes. Influyeron decisivamente el conocimiento de los que llamó ‘caballeros andantes’ del krausismo y sobre todo la obra de Hegel, cuya *Lógica* tradujo del alemán; recordando aquellos años de su vida y los que a ellos siguieron escribe Unamuno cómo “en un periodo de diez a doce años, del 80 al 92, leí enormemente y de cuanto caía en mis manos”, sobre todo, puntualiza, psicología y filosofía.

En la segunda etapa de su vida en Bilbao, concluidos los estudios universitarios, Unamuno lleva vida distinta a la de su mocedad; cultiva la amistad de Enrique Areilza y Pedro Jiménez Ilundain, es habitual en las tertulias del ‘Lyon d’Or’ bilbaíno, prepara oposiciones y se ejercita como escritor colaborando en *La Lucha de Clases*; ideológicamente recorre el camino que inició en Madrid, cuando abandonó la práctica religiosa, y se proclama socialista teórico y spenceriano. Para asentar esta actitud intelectual Unamuno tuvo que superar un intento de retorno a la fe infantil, suscitado por influjo de la madre.

En 1885, en carta a *Clarín*, Unamuno relata aquel propósito de recuperar la fe perdida, que era como regresar a la niñez, a sus ‘años de sencillez’, escribe, ‘a una edad pasada’, ‘a la tierra que cubrió (mis) raíces’. Esta ligazón, siempre presente en Unamuno, de infancia, paisaje nativo y fe religiosa, perdura entrañada en toda su vida y aflora, esporádicamente, en los textos más confesionales de su obra escrita, y reaparece, poderosa, cuando la peripecia del destierro le lleva de París a Hendaya, episodio cuyo recuerdo compondrá la última estampa de este recuerdo del vasco Unamuno.

El vecino de Salamanca

Un destino académico aleja a Miguel de Unamuno de Bilbao y le depara, en la ciudad de Salamanca, ambiente bien distinto para la nueva etapa de su vida, que se va a prolongar hasta la fecha de su muerte en 1936. En cierta ocasión estudié la importancia de los paisajes, entendidos como escenario de su vida, en la existencia de Unamuno.

El ámbito urbano de Bilbao y el paisaje vasco influyó decisivamente, acabo de recordarlo, en los años de su infancia y en los primeros de su formación intelectual, cuando en su mundo interior se fraguan las dos actitudes ideológicas que iban a mantenerse vivas y enfrentadas en su intimidad.

Con anterioridad de pocos años a su llegada a Salamanca, estando en Alcalá, Unamuno contrapuso su entonces personal preferencia por el paisaje vasco ante el austero de Castilla; escribió en 1885 cómo el paisaje castellano lo entendía como ‘un mar petrificado’, horizonte ‘yermo, sin verdura’ que ‘despega del suelo’ a quien lo contempla, ya ante esta vivencia concluye: “este campo y este cielo me abruma”. Nueve años más tarde, desde Salamanca, Unamuno le confiesa a Ganivet: “aquí me he dejado penetrar de espíritu castellano”.

Unamuno llega a Salamanca en el otoño de 1891; en su Universidad será titular de la cátedra de lengua y literatura griegas, cometido docente al que más tarde incorpora la enseñanza, que más le agradó, de filología española.

Vecino de Salamanca, Miguel de Unamuno se acomoda al vivir cotidiano de la ciudad, bien distinto, entonces, de la industrializada y dinámica villa de Bilbao. Cumple sus obligaciones académicas y desde 1900 las de Rector, gobierno de la Universidad que mantiene hasta 1914. Los días transcurren monótonos; cumplido el diario deber docente pasea por la ciudad, hace número en una tertulia del Casino, se interesa por la política municipal y cuando el tiempo lo permite se encara con el campo castellano desde la carretera de Zamora; le hacen compañía amistades que asisten respetuosas a su habitual monologar; al atardecer se acoge al refugio del hogar y lee o escribe en su despacho, que llama ‘librería’, donde le encontró su muerte en el atardecer del último día de 1936.

Salamanca para Unamuno, ha escrito Ferrater Mora, fue “más que un destino administrativo, una profunda experiencia”. El paisaje que rechazó al contemplarlo en Alcalá, ahora le ayuda a recogerse en su mundo interior, a interiorizarse, a ensimismarse para mejor vivir su lucha íntima entre el anhelo de volver a creer que despierta su crisis de fe de 1897, episodio trascendental en su vida, deseo de recuperar la fe infantil, y la incapacidad racional de recuperarla; las dos situaciones, recuérdese, que sucesivamente hizo suyas en los años de niñez y juventud, convertidas ahora en problema vital que domina su vida personal y queda reflejado en su total obra de escritor.

Este enfrentamiento, que Unamuno calificó de lucha, en el escenario de su mundo interior, encuentra apoyo para mantenerlo en su reacción personal ante el austero paisaje de Castilla; sensible a la realidad natural, como todos

los ‘noventayochistas’, Unamuno ha hecho reiterada descripción de las emociones que le hizo vivir, en sus correrías por tierras de España y Portugal, el inesperado encuentro de rincones cubiertos de verdor, acogedores y recatados, trasunto de los valles vascongados; ante ellos le domina el recuerdo de la tierra nativa y la vivencia hace peligrar la lucha que en su intimidad mantienen las actitudes contrapuestas que le planteó la crisis de fe de 1897.

En el combate entre fe y razón, los dos escenarios, Vasconia y Castilla, operan como realidades decisivas en lo que es núcleo central de su vida íntima; acierta Julián Marías al señalar como uno y otro paisajes quedan incorporados a su persona como “horizonte suyo, y se hacen así recíprocamente inteligibles”. Esta suposición se confirma como cierta en la peripecia vital que el destierro hizo vivir a Unamuno.

Salamanca y la tierra que es horizonte de la ciudad, se convierten en ambiente que opera, de modo decisivo, lo reitero, en los combates que libra en su mundo interior, lo que esta oculto en el diario vivir del vecino de Salamanca. Para Unamuno, ciudad y entorno componen la escenografía que suscita y alimenta la interiorización, forzándole a encarar el problema suscitado por un descreimiento que no es capaz de acallar totalmente la perdida fe infantil.

La identificación, en Unamuno, de ciudad y paisaje la atestiguan numerosos *textos* de su obra escrita; recojo uno para atestiguarlo: “también la ciudad [Salamanca], escribe, es naturaleza; sus calles y sus plazas y sus torres enhiestas de chapiteles son paisaje”; torres que quiso ver como ‘gigantescas columnas de mieses’. Para Unamuno, que vive la pasión de querer creer sin conseguirlo, repito otra frase suya, Salamanca es ‘verdadero hogar para mi alma’, ‘nido de soledades’ y podemos añadir realidad que le ayuda a ensimismarse; ‘dorada y hermosa jaula’, encierro, desde luego buscado y querido y que añorará cuando el destierro le lleve, por inesperada senda, al paisaje de su niñez, al Unamuno que fue y descubre seguir siendo.

Los frutos del destierro

De la cotidianidad de Salamanca le arranca a Unamuno su más donquijotesca peripecia política; desde su destitución como Rector, que interpretó como represalia a su intervencionismo público, acentúa la crítica a las instituciones políticas y la agresividad creciente de sus colaboraciones periodísticas se potencia con la imposición del régimen de gobierno personal del general Primo de Rivera, lo que iba a concluir en una orden de destierro a la isla canaria de Fuerteventura; de aquella primera etapa en su vida de exiliado queda un

grato recuerdo en los textos iniciales de su *Cancionero del destierro*, que atestiguan la identificación que hizo Unamuno del paisaje de la isla con el ya para el lejano de Castilla.

Todo cambió cuando Miguel de Unamuno acepta la oferta de una huida que le llevaría a Francia; el gobierno se apresuró a levantar la orden de destierro y el Unamuno que llega a París es ya un exiliado voluntario que al no reintegrarse a su cátedra, una simple orden administrativa le priva de su puesto docente por abandono de la obligación académica.

No corresponde a los fines de esta semblanza rehacer la vida de desterrado de Unamuno en París, pero sí lo que para el supuso, en su vida interior la experiencia del exilio. Pues aquella situación iba a suponer la pérdida del asidero que para su vida fue el paisaje castellano y también el canario de Fuerteventura; la crisis íntima a que se ve abocado reproduce la de 1897 y como aquella se acompaña de una repercusión somática, cardíaca, que obliga a Unamuno a retornar a su paisaje vasco, y ya inmerso en él, en Hendaya, acude a su encuentro su niñez y lo que la edad infantil, la fe sin dudas, significó en la historia de su pasión por no morir.

De los años de exilio vividos en París y Hendaya hay suficientes testimonios en su *Cancionero* y en obras de carácter autobiográfico, *La agonía del cristianismo* (1925) y el relato *Cómo se hace una novela*; el primero de ambos libros puede considerarse fruto de la reflexión religiosa de una crisis íntima ahora alimentada por su condición de desterrado y que recuerda, queda dicho, con su reflejo somático, la que vivió en 1897; *Cómo se hace una novela* se publicó en 1925 y de ella hizo versión ampliada en 1927.

La vivencia del exilio, que mal oculta su activismo político con su colaboración en una *Horas Libres* enviadas clandestinamente a España y claramente panfletarias, nutre el vacío que envuelve su diario vivir en París, en un despersonalizado hogar que define como ‘mi jaula del destierro’, bien distinta de la ‘jaula’ salmantina; de la soledad que le acompaña hace alusión en el primer verso del soneto ‘Caído desde el cielo [Fuerteventura] aquí me aburro’.

Aporta gravedad a la situación la lejanía del hogar familiar, los deterioros que la edad le impone y reconoce en un texto poético de 1927: ‘voy sintiendo los achaques / que se agarran a mi entraña’; también obra a favor del desaliento la incertidumbre de su futuro y la nostalgia de Salamanca, de la que rememora aquella ‘clara carretera de Zamora / soñadero feliz de mi costumbre’.

Lo que ahora interesa destacar del Unamuno desterrado es su alejamiento de Castilla y consecuencia de ello la pérdida del marco geográfico que sirvió, queda señalado, para favorecer la interiorización que alimentó la duda creencial.

La peripecia que Miguel de Unamuno hace vivir al protagonista de *Cómo se hace una novela*, el personaje U. Jugo de la Raza, contrafigura del desterrado Unamuno, forzado a vivir una crisis con inminencia de muerte, le impulsa a huir de sí mismo sin conseguirlo; la vivencia de muerte como anonadamiento, en la vida íntima de Unamuno, identifica las situaciones religiosas de 1897 y 1925, y en esta última si el desenlace para la criatura literaria es una huida sin rumbo, en su creador será un precipitado abandono de París, para refugiarse en Hendaya, paisaje vasco en el que vivirá hasta que finalice el destierro.

Este no buscado retorno al País Vasco, supone para Unamuno el reencuentro con su edad primera, recuérdase la ya señalada identificación de paisaje nativo e infancia, la etapa de su vida que había clausurado cuando el destino académico le convierte en vecino de Salamanca.

La infancia, el niño que fue, tiene reiterada presencia en toda la obra escrita de Miguel de Unamuno, como lo atestiguan las reiteradas referencias que se encuentran en ella, incluyendo su comentario a dos textos bíblicos; el versillo de San Mateo (16:3-4) en el que Jesús advierte a sus discípulos que es preciso hacerse niños para entrar en el reino de los cielos y el comentario hecho por Unamuno de la conversación de Jesús con Nicodemo.

El hecho que así se ofrece a examen es que el exilio que lo apartó de Castilla para devolverle al País Vasco, le sitúa, con la ayuda de la edad, encarrando su propia niñez y lo que ella significó para Unamuno y que define bien en su obra de 1929 *El hermano Juan*, donde el protagonista, el propio Unamuno, define la niñez como ‘no saber que se muere’, un sentirse inmortal. En un escrito de 1935 Unamuno se define como ‘viejo aññado’ y un año antes se presenta, en otro escrito, ‘viviendo obsesionado, poseído por mi propia mocedad íntima’.

Un examen del último Unamuno, propósito que busqué realizar en obra de 1999, y que ahora no se hace preciso repetir, lleva a la conclusión de que Unamuno rompe con su confrontación íntima y es llevado a ello por este retorno al paisaje nativo, alejado de Castilla y facilitado también por la edad que vive.

En los años que separan su retorno a Salamanca en 1930 y la fecha de su muerte, Miguel de Unamuno recupera la vida cotidiana que truncó el destierro, pero esta ya ofrece distinto significado bajo su aparental identificación; ahora las referencias a la infancia se hace reiterativas y a los textos ya citados se pueden añadir otras confidencias; posteriores a 1930 y procedentes de su *Cancionero* son estas emocionadas alusiones a la niñez: ‘eterna divina niñez’, ‘me está volviendo otra vida / mientras una se me va’.

Un mes antes de su muerte esta distinta situación íntima aparece reflejada en el soneto ‘Un ángel mensajero de la vida’, y quisiera creer que el vasco Unamuno se llegó a identificar con el niño que fue en Bilbao. Por desgracia no disponemos de testimonios que lo certifiquen y el anciano que llega con su vida al último día del año 1936, define su hogar salmantino como ‘cárcel disfrazada’, y en poesía fechada pocos días antes de su muerte repite: ‘mi hogar, hoy cárcel desdichada’; la ‘jaula’ hermosa y dorada, la convirtió en cárcel una guerra que muy duramente afectó a todos los españoles.